

Una revolución de democracia y eficiencia pública

RAMÓN JÁUREGUI

PRESIDENTE DE LA FUNDACIÓN EUROAMÉRICA

SILLÓN STEFAN ZWEIG DE LA ACADEMIA EUROPEA E IBEROAMERICANA DE YUSTE

Con la Fundación Euroamérica como organizadora, visité México a mediados de octubre de 2019. Fueron dos días intensos de trabajo y de relaciones extraordinariamente interesantes con múltiples representantes del gobierno de López Obrador. Recuerdo con particular afecto la conversación que mantuve con Alfonso Romo, Jefe de la Oficina de la Presidencia, hombre fuerte del Presidente Obrador y principal punto de conexión del gobierno con el mundo económico y empresarial de México. En un tono abiertamente confidencial me preguntó durante el almuerzo final del Foro:

- Sr. Jáuregui, Dígame francamente qué estamos haciendo mal o qué no estamos haciendo. Hábleme sinceramente, por favor.


Esta llamada a un diálogo tan abierto me sorprendió y al mismo tiempo me estimuló a hablarle sin rodeos.

- Mire ingeniero -le dije- en el año 1982, Felipe González ganó las elecciones españolas con una mayoría abrumadora. Jamás se ha vuelto a producir un apoyo social tan grande. Muy parecido a lo que acaba de ocurrir aquí en su país hace un año. ¿Sabe usted cual fue el slogan y el mensaje reiterado del candidato en su campaña? “Que España funcione”. Con estas tres simples palabras conectamos con una mayoría de españoles que deseaban libertad, democracia, progreso, justicia... y Europa.

La primera legislatura de aquel gobierno fue íntegramente dedicado a poner orden en el país. A sanear la economía, modernizar las leyes, renovar el aparato industrial obsoleto, negociar la adhesión a Europa... Éramos socialistas, veníamos de una dictadura, había enormes demandas sociales pendientes... Pero no pudimos hacer socialismo. Consolidamos la democracia española, entramos en Europa, vertebramos el país y mejoramos notablemente su funcionamiento institucional y económico. Poco más. El pueblo lo entendió y nos dio una nueva mayoría absoluta cuatro años después.

Ingeniero -le dije, con énfasis- México tiene un enorme potencial. Una demografía envidiable. Sectores económicos punteros, desde su industria manufacturera a su turismo, una población formada y capaz, y muchas y grandes posibilidades ¡Póngalos a trabajar! Mi consejo final fue: Estabilidad Institucional, crecimiento económico y seguridad ciudadana. Con esos tres objetivos basta para empezar esta transformación histórica que ustedes pretenden.

A las pocas horas de aquella conversación, cuando aterrizábamos en Madrid, los periodistas de todo el mundo informaban de la catástrofe de Culiacán y de la derrota del Estado ante la banda del “Chapito” por la amenaza




y el miedo de todo un país y de su gobierno a sus actos armados. Solo unas semanas después el mundo entero asistía horrorizado a la imagen del asesinato de tres mujeres y seis niños en un ataque de un grupo armado, en una carretera entre los Estados de Chihuahua y Sonora, en el norte de México.

Así no se puede. El daño al país es enorme. La tarea inmediata de México, es por todo ello, una política de seguridad que pasa por reformar el sistema policial, judicial, incluso el competencial, con modificación constitucional si fuera el caso, para dotar al país de una policía estatal eficaz y fiable. Seguramente harán falta más medidas y quizás incluso otras políticas frente a las drogas y con los Estados Unidos, pero para todo eso hace falta un Estado fuerte. Con mayor ingreso fiscal y menor dependencia de sus recursos naturales.

Aquí quería llegar ¿Es posible que los países latinoamericanos puedan construir Estados y gobiernos capaces de prestar servicios públicos de calidad (entre otros, la seguridad ciudadana) con una recaudación fiscal del 20 % del PIB? ¿Es posible consolidar las democracias en muchos de esos países en los que corrupción, desigualdad e inseguridad no pueden ser combatidos ni reducidos con instituciones débiles por la propia debilidad de sus Estados? La revolución pendiente en América Latina no es bolivariana ni neoliberal. Ambas han fracasado, digámoslo claramente. El panorama que hemos ido percibiendo estos últimos meses del año 2019 en varios países de América Latina ha sido desolador. Muy triste.

Chile y Argentina han experimentado revoluciones neoliberales frustradas. Macri se fue decepcionando las enormes expectativas que había generado, después del fracaso también del kirchnerismo. Es verdad que devolvió la confianza inicial de Argentina en los mercados internacionales, pero acabó endeudando, de nuevo, al país y con bolsas de pobreza y depauperación social general. Unas elecciones -democráticamente impecables- dieron una nueva oportunidad al peronismo -¡otra vez!- y solo esperamos que el nuevo presidente ponga a Argentina y a su pueblo en la única senda del progreso: estabilidad, crecimiento y reparto. No será fácil. Para empezar porque deben realizar un ajuste fiscal enorme y negociar con el FMI ese ajuste y su aplicación presupuestaria. Pero todo ello debe hacerse en un país que debe reconocer y reconocerse como lo que es: un país endeudado y con un comportamiento fiscal deplorable. Nos decía Michael Reid, senior editor en The Economist, hace unos días, que Argentina debe aprender a vivir en estas circunstancias y no seguir creyendo que son el país más rico de la tierra. No, ya no lo son.

Chile parecía un país de éxito. En todo el continente destacaba por su estabilidad institucional y su capacidad competitiva. Era el alumno aventajado de la clase. Atraía capital y empresas. Desarrollaba sectores económicos nuevos: energía, agroindustria, servicios... Chile funciona, decíamos todos. Hasta que, de

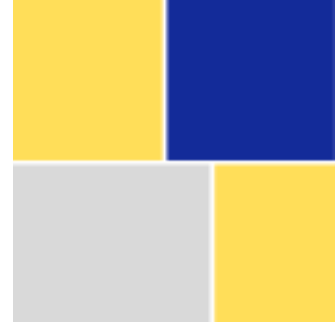


pronto, descubrimos que bajo esa capa de eficiencia económica, se esconde una explotación laboral generalizada en bajos salarios y pocos derechos. Que el famoso sistema capiativo de su sistema de seguridad social mantiene a millones de personas con pensiones paupérrimas. Que la clase media se empobrece y que el precariado malvive. De pronto, la chispa del precio del metro explota y la gente se va a la calle y Piñera saca al ejército. Más de veinte muertos y la espoleta de la Memoria Histórica enfrenta al pueblo con los “milicos” hasta que éstos le dicen al presidente: “Nosotros no estamos para esto”. Con razón.

¿Qué expresa esta sorpresiva protesta? ¿Qué respuestas puede dar la política a estas demandas de justicia e igualdad social? Chile no tiene más remedio que plantear un nuevo y general sistema de reparto y protección social a su pueblo. Reformas en su legislación laboral, más poder sindical, mayor ingreso fiscal y mayor progresividad en la tributación, redistribución social, fortalecimiento de los servicios públicos y gratuidad y universalidad. En Europa lo llamamos socialdemocracia pero, para evitar partidismos, digamos que es el contrato social el que debe ser renovado.

Estuve en Bolivia en febrero de 2018. Mantuve cordiales encuentros con Evo Morales y con su canciller. Vi al líder de la oposición Carlos Mesa, su rival meses después en las recientes elecciones de octubre. De las conversaciones con todos ellos, vislumbré el conflicto institucional y democrático que ha surgido después en la primera vuelta electoral. La proclamación como candidato del presidente Morales era discutible, pero la participación electoral de los opositores la legitimaban. Así se lo hice saber a Carlos Mesa. El problema, sin embargo, ha surgido en el recuento. La Unión Europea no fue invitada a la observación y el informe de la pequeña delegación técnica que las siguió, admite dudas. La OEA elaboró un informe demoledor sobre la falta de transparencia del sistema y sobre la probable manipulación electoral a favor del presidente cuando se produjo la interrupción del recuento. En definitiva, la única verificación democrática hubiera sido la segunda vuelta, pero Morales no la aceptó porque temía perder.

A partir de esos tristes acontecimientos, Bolivia se convirtió en un drama. La intervención del ejército obligó a Morales y a su vicepresidente a huir a México y un largo y jurídicamente confuso procedimiento se puso en marcha para dotar al país de un gobierno provisional. Se inició así una negociación entre los partidos políticos para la convocatoria electoral. No fue un golpe militar al uso, pero se le pareció mucho. La gran diferencia es que parece que los militares no se han apropiado del poder y que unas nuevas elecciones pueden restituir la legalidad democrática. Pero Bolivia está fracturada. Y me temo que los rasgos de esta división, no son solo políticos o partidarios. Son étnicos, económicos, incluso territoriales en función de la población que representan los indígenas y el

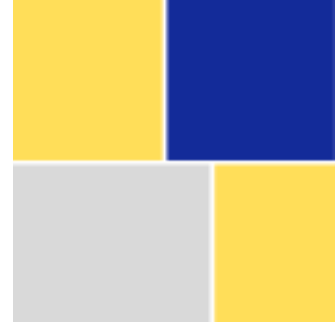


mundo rural frente a las ciudades y la burguesía, aunque esta clasificación puede resultar simplificadora.

Doce años de gobiernos de Evo Morales no son despreciables en términos macroeconómicos y desarrollo del país. Se podrán discutir muchas medidas y algunas orientaciones ideológicas pero en general, Bolivia ha crecido de manera sostenida, mantiene unas cuentas públicas saneadas y ha invertido mucho en infraestructuras, base indiscutible de competitividad futura. Ha mejorado las prestaciones públicas y ha mantenido un inteligente pacto con el mundo empresarial de Santa Cruz y del país. Pero la falla es democrática porque la tentación totalitaria anida en el corazón de algunos proyectos bolivarianos.

Nacieron esos movimientos con ánimo revolucionario, después de dictaduras odiosas, en un contexto de desigualdad extrema y sobre experiencias de corrupción y abuso de poder manifiestas. Muchas veces su éxito partió del fracaso de partidos tradicionales que, ocupando derecha e izquierda ideológica, habrían perpetuado la injusticia social, la parálisis económica y el monopolio del poder en la manos de una oligarquía económica y cultural. El voto popular les dio el poder y acabaron creyendo que su proyecto y su partido eran movimientos sociales épicos llamados a protagonizar transformaciones históricas y revolucionarias. En ese propósito acabaron por creer la vieja mentira comunista de que la democracia formal solo era un instrumento para la democracia real. Muchos pensaron que su fin justificaba cualquier medio y eso les llevó a la conculcación de las libertades de los otros. Controlar medios de comunicación, restringir el juego democrático, incluida la represión de las protestas y la manipulación del sistema electoral han sido prácticas desgraciadamente frecuentes. Lo que hicieron los “otros”, durante tantos años, acaba siendo la excusa en la que fundar su monopolio político y democrático.

Es verdad que en circunstancias muy distintas y en otro contexto histórico, los socialdemócratas ya descubrimos hace mucho tiempo que socialismo es libertad. Que la democracia no es formal sino un marco imprescindible y precioso de la convivencia en libertad. Que no hay democracia real sin democracia. Que no es incompatible aspirar a la igualdad de los seres humanos y a su dignidad social, con respetar las libertades de todos y con defender el Derecho de los otros y el de sus proyectos políticos. Que el pluralismo político, base de cualquier marco democrático, exige reconocer al otro y dialogar con él, aceptando la legitimidad de todos los proyectos que respeten el marco constitucional y asumiendo, en consecuencia, la posibilidad de su realización, si es legitimado por la mayoría democrática. Hace muchos años ya que la humanidad descubrió que en democracia las formas son el fondo y el respeto de las reglas es la condición que evita la barbarie, la arbitrariedad, el autoritarismo y la dictadura de unos sobre otros. En definitiva, no hay socialismo sin libertad,




no hay igualdad sin democracia, no hay dignidad humana en la opresión, sea esta de cualquier signo ideológico y se ejerza en nombre de cualquier fin.

Me apresuro a señalar que esta severa admonición no es aplicable sin más a todos y cada uno de los gobiernos de izquierdas que, en los primeros años de este siglo, obtuvieron sonoras victorias electorales en varios países latinoamericanos. Pero coincidirán conmigo en que Venezuela y Nicaragua son perfectamente identificables en estas coordenadas. He estado en Managua presidiendo una delegación parlamentaria del Parlamento Europeo y tengo una fundada opinión sobre el régimen de Ortega y las vulneraciones democráticas de su partido y de su revolución. No hablo de “la Revolución Sandinista“. Aquello fue otra cosa y concitó la admiración de todos. Lo triste es ver que aquella victoria de la libertad y de los ideales socialistas de los ochenta se haya convertido en un gobierno de represión y desprecio a su pueblo. Lo triste es que, incluso sus propias conquistas de avance social y de servicios a los más humildes -que también reconozco- sean absorbidas y deslucidas por una dictadura y un sectarismo impropios y ajenos a los ideales de justicia y libertad en que se fundamentan.

En el caso de Venezuela, hay que constatar además, un fracaso pavoroso de la política económica. Un país que expulsa a cuatro millones de sus habitantes a una emigración forzada es un país fracasado. El país más rico en recursos y en renta hasta hace poco se ha convertido en un caso paradigmático de crisis humanitaria. Se dirá que son las sanciones y el boicot de los mercados, pero todos sabemos que eso son consecuencias, no causas de esas crisis.

La izquierda latinoamericana se debe a sí misma una importante y necesaria reflexión sobre su gestión macroeconómica. Sobre sus logros económicos en términos de crecimiento, creación de empleo, creación de empresas, mejora de productividad, incremento del nivel de vida en general, mejora de renta de la gente, oferta de productos y servicios básicos a la población. Calidad de vida en definitiva para su pueblo. Es una pregunta que me hago a menudo cuando miro y pienso en Cuba.

No negaré los logros de la Revolución Cubana en términos de educación o de sanidad para su pueblo. Aprecio la contribución cubana a causas humanitarias como la lucha contra el ébola en África o la prestación de profesionales sanitarios o educativos en países subdesarrollados. Leí con emoción “La historia me absolverá”, aquel alegato del Fidel revolucionario contra la tiranía corrupta de Batista y su régimen. Soy totalmente consciente del boicot americano a Cuba y de los daños producidos por la Ley Helms-Burton. Pero me pregunto: ¿Explica todo esto la pobreza de vida cubana? ¿Es que no han podido desarrollar un modelo económico capaz de producir bienes y servicios básicos para su pueblo?




Me parece evidente que la negación del mercado acaba produciendo un deterioro productivo y elimina el afán superador del ser humano, la libertad y el espíritu de emprender, lo que redundará a su vez en un empobrecimiento social y material. Cuba vive una paradoja insufrible. Su pueblo está preparado y educado en un alto nivel pero su economía es totalmente plana. No generan ni los elementales productos de una vida avanzada en pleno siglo XXI. Hasta los noventa dependían de la Unión Soviética que les vendió malo y viejo. El pueblo cubano sufrió mucho en los noventa, a la caída del comunismo. Venezuela les ayudó, en los primeros años de este siglo. Ahora, con Venezuela hundida, Cuba vuelve a la austeridad y a la pobreza. Y el Partido Comunista Cubano sigue buscando “el modelo”, pretendiendo innovar su sistema combinando propiedad del Estado y mercado planificado, algo que ya se descubrió cuando cayó el muro era un fracaso en toda regla. Que se lo pregunten a los alemanes del Este o a los rusos. No digamos a los polacos o a los bálticos.

China o Vietnam están configurando modelos de desarrollo que admiten críticas y opiniones. Pero el Capitalismo del Estado Chino ha sacado de la miseria a quinientos millones de chinos y en Vietnam tienen un modelo propio de mercado intervenido que ha generado una de las grandes transformaciones económicas desde que conquistaron la paz. ¿Cuál es el modelo de Cuba?. Por supuesto que tienen que decidirlo los propios cubanos. Diré más, Cuba debiera ser ayudada más y mejor por Europa principalmente, y por España especialmente, pero para eso es necesario que establezcan un marco jurídico-económico que permita la inversión y el desarrollo del país. Su potencialidad es enorme, pero un país cerrado, temeroso de la propiedad, de la tecnología y de las inversiones ajenas, seguirá siendo un país lastimosamente empobrecido y en el que la igualdad de la pobreza no es ninguna conquista. Sino todo lo contrario.

Mi convicción es que los mercados deben ser regulados y eso me permite esta crítica tan severa y tan sincera contra esta izquierda antigua que fracasa en lo principal: en proporcionar bienestar a su pueblo. Es la evidencia empírica la que nos demuestra que aquel modelo surgido hace más de cien años en la revolución soviética fracasó, lo que me lleva a decir alto y claro, desde la izquierda política socialdemócrata, que necesitamos al mercado como base del desarrollo económico y un Estado democrático fuerte para reequilibrar sus efectos injustos. Por eso inventamos hace ya setenta años las Economías Sociales de Mercado. Si en América Latina la izquierda está representada por Maduro y por Castro estamos muertos. No habrá mayoría democrática de izquierdas jamás en ningún sitio.

Pero, a su vez, el modelo neoliberal o la derecha política que triunfa en toda Sudamérica y en Centroamérica presenta rasgos y modelos económicos que no son precisamente un éxito. Argentina fue uno de ellos, tal como hemos señalado más arriba. Pero tampoco lo fue en México a lo largo de los últimos



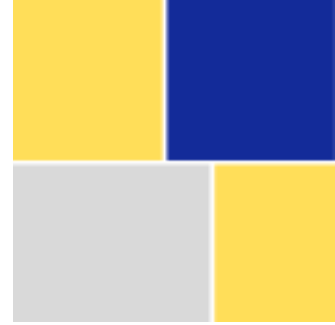
diez años. Hoy Uruguay ha vuelto a la de derecha después de 15 años de Frente Amplio que han sido buenos, muy buenos diría yo, para ese pequeño país. Más allá de las amplias diferencias que anidaban en el seno de esa coalición, lo cierto es que han sido gobiernos estables y ortodoxos en el manejo macroeconómico del país. Han mantenido la cohesión interna, han hecho progresos en los servicios públicos básicos y han invertido en mejorar las estructuras de su economía.

A Uruguay le acompañaron antes Colombia con Duque, Ecuador con Lenin Moreno, Chile con Piñera, Perú con Kuczynski, Brasil con Bolsonaro y veremos Bolivia con el post-Evo. El fracaso neoliberal de Argentina va acompañado de dos fenómenos bastante comunes en toda América Latina. De una parte la emergencia de unas clases medias crecientes, empoderadas por la nueva sociedad de Internet y modernizadas en su vida urbana, que reclaman nuevos servicios que sus Estados no les prestan. Son demasiados débiles para ofrecerles educación y sanidad universales y de calidad, ni siquiera, seguridad ciudadana y un sistema judicial independiente y eficaz.

Por otra parte, la productividad de su economía está basada en unas condiciones laborales paupérrimas y el sistema público de protección social y de bienestar es ínfimo. Salarios miserables y derechos sociales mínimos se suman a un sistema de Seguridad Social que proporciona pensiones de miseria a la mayoría de la población. Si se añade que la universidad es privada, o pública con matrículas muy altas, y que las diferencias sociales se perpetúan (en algunos países hacen falta de diez generaciones para que funcione el elevador social) se comprende muy fácilmente que la subida del precio del metro provoque la chispa de la revuelta social. O la del gasoil.

La economía informal es demasiado alta en casi todos los países de América Latina. En algunos sobrepasa el 50 % de la actividad económica. Sin cotizaciones no hay Seguridad Social. Sin pagar impuestos no hay Estado. Las élites económicas de demasiados países se niegan a su contribución fiscal. Sacar el dinero fuera es práctica habitual. Basta mirar de noche las torres de viviendas vacías en Panamá City o comprobar el movimiento financiero en ese país o en Miami. En esas condiciones no hay servicios públicos redistributivos. No hay igualdad social. Las familias ricas y poderosas se perpetúan en el poder y la desigualdad se cronifica. Y el pueblo se enfada. Peor aún, desconfía de la democracia y de sus protagonistas principales: los partidos y los políticos que, a su vez, viven en el mejor de los mundos.

La verdadera revolución pendiente de muchos de esos países es una revolución de eficiencia pública, de honestidad y ejemplaridad de sus clases dirigentes, de reformas socio laborales pactadas, de formalizar la economía, haciéndola transparente y cotizante, de contribución fiscal de sus élites



económicas, de democracia ordenada y estable, de pacto sociopolítico amplio que aúne esfuerzos y vertebralice el país. Europa, y España principalmente, quieren ayudar a esas revoluciones, tan sencillas de expresar como difíciles de realizar.

No podemos decir que estos fracasos políticos sean exclusivos de América Latina. De hecho, algunas protestas tienen caracteres generales de lo que algunos llaman “democracias doloridas”, que se producen en todo el mundo democrático. Pero en América Latina muchos movimientos de protesta responden a razones propias y a circunstancias específicas. Son los mismos jóvenes que se concentran por Whatsapp, que se informan en Facebook y por las redes sociales y que se ven, de pronto, empoderados en los núcleos urbanos para decir ¡basta! y para poner a los poderes políticos a las instituciones muy nerviosas. Son instituciones muy precarias y poderes políticos muy débiles, como los Estados a los que representan. A diferencia de Europa, no está claro que estas protestas y estas movilizaciones vayan a ser conducidas, y encauzadas a la política y a la democracia.

En América Latina estamos hablando de unas democracias más doloridas, menos legitimadas, menos sólidas porque son más jóvenes y porque han estado asaltadas demasiadas veces por ataques autárquicos y militares. Hablamos de sociedades mucho más desiguales con diferencias enormes entre los más ricos y los millones de pobres, con élites defendiendo su poder político, económico y social desde siempre, con marginaciones sociales masivas, con sistemas políticos poco estructurados y frecuentes alteraciones democráticas y electorales. Estamos hablando de partidos y políticos poco fiables, porque abundan los casos de abuso de poder, monopolio representativo y corrupción. Estamos hablando de sociedades con mínimos índices de confianza y apoyo legitimador a sus fuerzas representativas. Por eso, los riesgos de los “dolores democráticos” son mayores y desgraciadamente sabemos bien cuáles son las derivadas políticas de la tensión, el desorden y la insurgencia: la represión violenta de la revuelta y la toma del poder por fuerzas antidemocráticas.

Por eso es tan urgente la revolución democrática y de eficiencia de los sistemas políticos y de las instituciones en América Latina. Y por eso la verdadera y auténtica revolución en muchos países de América Latina es “hacer que funcione” su sistema institucional, su economía, su sistema educativo, su política fiscal, la seguridad de sus ciudadanos, la separación de poderes,... la democracia, en fin. Hoy, el liderazgo político y los programas electorales necesarios deben ir en esa dirección. Lo demás... vendrá por añadidura.